

La pesadilla de doña Rosario

Doña Rosario Delgado se estaba ahogando en las aguas furiosas y achocolatadas del río Cagüitas, que pasa cerca de la ciudad de Caguas. El tronco de un viejo árbol flotaba a su lado, pero cuando trataba de agarrarse a él, las manos le resbalaban, como si la madera estuviera recubierta de jabón. El vestido mojado la empujaba con su peso hacia el fondo del río y, por más que gritaba para que la socorrieran, no distinguía a nadie en la orilla que pudiera salvarla. Comenzó a hundirse, tragó agua, escuchó sólo el ruido de la corriente rabiosa, y entonces despertó... Estaba atontada por la fuerte impresión de la pesadilla espantosa que acababa de tener. Se levantó, se lavó el rostro para despejar la mente de aquellas imágenes de muerte, y salió de su dormitorio para ir a desayunar.



En el pueblo de Caguas no había acueducto para esta época, y el agua de beber que tomaban unos del río Cagüitas y otros, del río Turabo, la llevaban a las casas los aguadores en enormes barriles.

En el preciso momento en que doña Rosario se sentaba a tomar su desayuno, entró en la casa el aguador.

9

—Oiga, usted —le dijo doña Rosario—, ¿de dónde coge el agua que trae a mi casa?

—Del río Cagüitas —contestó tranquilamente el aguador.

—Pues no la quiero —contestó muy segura doña Rosario—. Llévesela y tráigame siempre agua del río Turabo.

—El río Turabo se ha desbordado, señora, y el Cagüitas, no —advirtió el aguador.

—Aunque se haya desbordado. Óigalo bien, aunque se convierta en un mar, tráigamela siempre del Turabo.

—Está bien, señora.